

pocas cátedras y cursos, y el otorgamiento de grados a bajo coste. Estos estudios siempre estuvieron bajo sospecha, cuestionados por lucrarse con la expedición de grados. No obstante, falta profundizar en las probables razones que permitieron la existencia y tolerancia de estas universidades durante el Antiguo Régimen. Por ello, y para no caer en generalizaciones, son necesarios estudios particulares, como el que ahora presenta Serrano Larráyo. Su libro permite mirar a la facultad de medicina de la universidad de Irache bajo el microscopio histórico-social. De esta forma ahora es posible apreciar los orígenes geográficos y sociales de sus graduados, la relativa facilidad de las pruebas para obtener los grados y el bajo coste de estos. Sin duda esta aportación ayudará a tener un mejor entendimiento del papel de las universidades y de la medicina académica dentro de la Monarquía hispánica. ■

Gerardo Martínez Hernández

Universidad Nacional Autónoma de México

ORCID: 0000-0003-0544-8122

■ **Paula Findlen, ed.** Empires of knowledge. Scientific networks in the Early Modern World. London-New York: Routledge; 2019. 394 p. ISBN: 978-1-138-20712-7. 43 €

Cuando nos ponemos a reflexionar sobre la etiqueta «Edad Moderna» (o su equivalente inglés *Early Modern*), rápidamente se impone la imagen de una Europa que, durante los siglos XVI al XVIII, se erige en protagonista de una serie de eventos y transformaciones que acabaron engendrando una nueva configuración de un mundo, que, a partir de entonces, se vio notablemente aumentado y devino infinitamente más complejo. A continuación, a través del mismo relato simplificador, nos adentramos en un escenario efervescente, de pululantes novedades e informaciones. Una realidad alimentada por los europeos —o al menos por aquellos que pertenecían a los círculos cerrados de la llamada República de las Letras—, quienes, comprometidos con el ejercicio de la razón y de la fe, deseaban alcanzar el poder que derivaba de la posesión del conocimiento.

Prisioneros de este relato, los historiadores se mostraron prácticamente unánimes a la hora de relacionar la modernidad con el surgimiento del conocimiento científico, o literalmente de la ciencia, en la Europa de la Edad Moderna. La

métrica puede parecer simple, pero la cuenta no se cierra. De la misma manera que pudimos, sin mucho esfuerzo, visualizar el escenario descrito anteriormente, también tendemos a pensar en la ciencia como un producto europeo, pero de alcance aparentemente universal. En otras palabras, la ciencia en la primera modernidad es tratada como una voz cuyo eco resonó al unísono en las cuatro partes del mundo y que, talmente como un *boomerang*, siempre regresaba al lugar donde se lanzó, independientemente de los caminos tomados desde su puesta en marcha. Es decir, Europa habría sido tanto la propulsora como la receptora de las informaciones recopiladas para la producción del conocimiento científico.

Este tipo de interpretación ya no es sostenible. Si consideramos la ciencia como causa y efecto de todas estas agitaciones, podemos entenderla, por definición, como una «colección de actividades», un concepto acuñado por Harold Cook en sus observaciones sobre los «imperios del conocimiento». Actividad implica acción, por lo que concluimos que el movimiento es, como sugiere Carla Nappi, el elemento *sine qua non* de la ciencia. Si asumimos que la ciencia está compuesta de acción y de movimiento, eso implica necesariamente la participación de un sinfín de personajes, espacios, ideas, materiales y propósitos, que viajaron de manera asimétrica y no fluida, múltiple y no unidireccional, por las veredas del conocimiento. En este sentido, la historia necesita nuevos enfoques, nuevos planteamientos metodológicos capaces de superar esa categorización fija de los agentes del conocimiento, que tiene como punto de partida la antigua dicotomía entre centro y periferia, representados por Europa y el resto del mundo, respectivamente.

El volumen colectivo, editado por Paula Findlen, es, en este aspecto, tanto una invitación como una apelación al desafío de revisar la historia, devolviéndole la plasticidad que, durante tanto tiempo de rigidez, le fue extraída. Para aceptar este reto, la autora estadounidense se rodea de un equipo compuesto por otros quince expertos que, sin privilegiar ningún enfoque específico, demuestran que el estudio de las redes puede ser una alternativa metodológicamente sofisticada y un campo intelectual animado, flexible y prometedor. Dividido en cuatro partes, distribuidas en un total de trece capítulos principales y tres contribuciones más breves y provocativas que componen el epílogo del volumen, los capítulos están elaborados como artículos independientes, aunque mantienen como hilo conductor el énfasis en las redes, ya sean políticas, comerciales, intelectuales o sociales, que surgieron con la emergencia de la era moderna.

En efecto, a pesar de la diversidad de los estudios de caso analizados, los capítulos coinciden en destacar las redes locales y regionales como indispensables para la producción y circulación del conocimiento científico. Las redes, tal como

las entiende Kapil Raj, interpretadas como *espacios de circulación*, se convierten en herramientas mucho más democráticas y, por lo tanto, más adecuadas para un análisis que pretende ser global, en el sentido de ser inclusivo, sin resultar en una simple re-paginación del persistente modelo orbicular y universal de interpretación histórica. A través de estos espacios, la idea de centro se reemplaza por la noción de centralidad, un recurso que neutraliza los elementos exclusivos de la unidad, reposicionándolos en ejes principales, que pueden o no estar interconectados entre sí. Esto confiere a las redes una capacidad autosuficiente para producir y hacer circular el conocimiento, sin pasar necesariamente por el escrutinio de aquellos que ocupaban posiciones legítimamente reconocidas como centrales. La inclusión de comunidades «nativas» o de regiones «periféricas», tanto externas a Europa como internas, permea todos los capítulos del volumen y refuerza la urgencia de considerar personajes, conocimientos, prácticas y actividades marginados como responsables de producir conocimiento y no solo como meros receptores, intermediarios o fuentes de información en bruto para ser pulida por los consabidos expertos europeos.

En parte, el sesgo aún notable entre los historiadores es consecuencia, sobre todo, de la complejidad y de las carencias de las fuentes históricas disponibles hasta ahora. La prioridad otorgada a los documentos escritos en idiomas modernos, especialmente los europeos hegemónicos, es, por sí misma, selectiva y capaz de permitir una lectura, al menos, limitada. Es por eso que muchas investigaciones, incluidas algunas de las presentadas en este libro, utilizan testimonios menos habituales, como la correspondencia epistolar o, incluso, cuando los documentos no pueden proporcionar datos satisfactorios debido a numerosos factores, como el exceso de hibridación, por ejemplo, están abiertas a huir de lo común, buscando respuestas en 'agentes' hasta ahora improbables, como las plantas, tal como Londa Schiebinger nos muestra en su interesante capítulo sobre una especie americana, el origen de cuya aplicación en la medicina no resulta fácil de definir.

En conclusión, la información, los materiales y el conocimiento producido con ello recorrieron caminos diversos, en múltiples direcciones que, a veces, se cruzaban y, otras veces, tomaban direcciones opuestas, y cuyos actores podían compartir experiencias en una red, a la vez que estaban activos en otras totalmente independientes, ejerciendo funciones completamente distintas en cada una de ellas. Por lo tanto, quizás la característica más representativa de las redes es la insostenibilidad de la clasificación, ya que los ejes se reconfiguraron a medida que cambiaban los intereses de los agentes involucrados. Frente a una mañana de pequeños vasos capilares que se ramificaban a partir de arterias y venas

de diferentes calibres, la teoría de redes aparece no solo como una alternativa bienvenida, sino también, como señala Rachel Midura, necesaria para ayudar a reintroducir esta gran mayoría ausente, escondida por tanto tiempo en la historia del conocimiento en la Edad Moderna. ■

Julianna Morcelli-Oliveros

ORCID: 0000-0003-0576-3827

Alexander von Humboldt. Political Essay on the Kingdom of New Spain. A Critical Edition. Edited with an introduction by Vera M. Kutzinski and Ottmar Ette. Translated by J. Ryan Poynter, Kenneth Berri, and Vera M. Kutzinski. With annotations by Giorleny Altamirano Rayo, Tobias Kraft, and Vera M. Kutzinski. 2 vols. Chicago-London: The University of Chicago Press; 2019. 585 + 633 p. ISBN 978-0-226-65138-5. 65 €.

In 1808 Alexander von Humboldt began publishing a treatise on New Spain, Madrid's richest colonial territory centered around what is today Mexico, where he had spent almost twelve months in 1803. He wrote it in French, followed by German and English editions, and ultimately arrived at no less than six volumes with all together fourteen chapters. A full Spanish translation, which Humboldt partially revised himself, was provided by Vicente González Arnao in 1822.

This new English edition encompasses over 1000 densely printed pages of text and is part of the series «Alexander von Humboldt in English». The latter already includes the German naturalist's *Essay on Cuba* and his *Views of the Cordilleras*, which complement Humboldt's important *Essay on the Geography of Plants*, also by Chicago University Press. The translation is based on the second, revised French version of 1825-27 and surpasses all previous foreign-language renderings: it is linguistically elegant, does justice to Humboldt's terminology, and applies great precision in retaining the original tables. The editorial team around Vera Kutzinski, a distinguished literary scholar, has added a list of the literature used by Humboldt himself and posted it on the press's website, which also hosts annotations of more than 460 pages that focus on the naturalists, explorers, physicians, and alike whom Humboldt referenced in the main text. Readers are guided, too, to the digitalized, «geographical and physical» *Atlas of*